

Halperin Dongui y las memorias del peronismo: un historiador ante el misterio de las identidades políticas

RESUMEN

Los escritos de Tulio Halperin Donghi sobre el peronismo proveen un escenario revelador de sus peculiaridades historiográfico-intelectuales en el quehacer cultural argentino. Porque lo inscriben en una preocupación común en los intelectuales argentinos de clase media en la segunda mitad del siglo XX, pero también porque expresan las dimensiones memoriales y subjetivas que sobreviven en sus interrogaciones históricas. El análisis de los textos halperinianos sobre el peronismo ilumina así una escisión propia de su mirada melancólica sobre la historia, esto es, la que separa, por un lado, un proceso de transformación que transcurre más allá de las voluntades de los individuos y, por otro lado, la experiencia histórica de las élites intelectuales que pretenden comprender ese devenir enajenado. Las masas populares constituyen para Halperin un “coro” que vivencia pero no protagoniza un acontecer cuyos alcances le permanecen ignorados.

PALABRAS CLAVE: Tulio Halperin Donghi, Historiografía, Peronismo, Argentina

ABSTRACT

Tulio Halperin Donghi's writings on Peronism offer revealing insights into his historiographical-intellectual peculiarities that are rooted in Argentinean cultural landscape. Firstly, they identify assumptions shared by Argentinian middle-class intellectuals during the second half of 20th century, and secondly, they depict the memorial and subjective dimensions operating in his historical enquiries. An analysis of Halperinian texts on Peronism illustrates a unique split in his melancholic view of history between, on the one hand, a transformative process that transpires irrespective of the individual's will, and, on the other, the historical experience of intellectual elites who claim to command an alien tomorrow. For Halperin the working-class masses constitute a living “chorus” but one that does not grasp and less protagonize the events of an enigmatic reality.

KEYWORDS: Tulio Halperin Donghi, Historiography, Peronism, Argentina

Fecha de recepción: 28 de mayo de 2015

Fecha de aceptación: 12 de junio de 2015

Halperin Dongui y las memorias del peronismo: un historiador ante el misterio de las identidades políticas

Omar Acha¹

Introducción

Este artículo propone una interpretación de la obra del historiador argentino Tulio Halperin Donghi (1926-2014) a propósito de sus posturas historiográficas, ensayísticas y memorialistas respecto del peronismo. Esas posturas expresan peculiaridades del pensamiento histórico halperiniano, y más allá de un entendimiento historiográfico decisivo en su identidad intelectual, de una faceta de su estatura cultural.

Mi argumentación sostendrá que sus heterogéneos textos sobre el peronismo componen más que un segmento discreto de una obra.² Sus escritos sobre el peronismo involucran algunas de las preguntas fundamentales de su pensamiento –preguntas nacidas de la experiencia histórica que le tocó vivir y en buena medida padecer– en diálogo con las inquietudes suscitadas en una formación intelectual definida a través de lecturas decisivas de la renovación historiadora italiana y francesa de la segunda postguerra (al respecto: Halperin Donghi, 2008, 2014a y 2014b). A ellas se añadirán las intuiciones impulsadas por la “renovación historiográfica” postperonista de José Luis Romero y, sobre todo en lo que concierne al “surgimiento” del peronismo, por la empresa sociológica de Gino Germani. Con todo, un prisma personal perseverará en sus análisis: sus tardías memorias (Halperin Donghi, 2008) exponen adecuadamente la relevancia del primer peronismo en su formación intelectual. La perduración del peronismo en la realidad social y política argentina implicó la persistencia del tema peronista y de su memoria en la obra de un intelectual interesado en pensar su propio país.³

Mi primera hipótesis de trabajo señala que la “larga duración” del pensamiento histórico halperiniano constituyó, a la vez que la peculiaridad de un punto de vista deseoso de amalgamar la abigarrada complejidad de los hechos humanos con los escenarios transhistóricos que los reflejan en situaciones dilemáticas análogas, un problema sistemático planteado en la comprensión de la novedad histórica del peronismo y de su prolongada sobrevida. El artículo de 1962 sobre la historia y la larga duración nos permite captar la problematicidad que Halperin declaró constitutiva del esfuerzo por entrelazar las diversas duraciones, y particularmente la “larga” (o de las estructuras) con la “corta” (o de los hechos humanos particulares), tanto en la versión marxista como en la más próxima a su modo de

¹ Universidad de Buenos Aires; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; Centro de Investigaciones Filosóficas. Email: omaracha@gmail.com.

² Sobre la obra de Halperin: Korol (1996), Hora y Trímboli (1997); *Prismas* (2011).

³ Sobre Halperin y el tema peronista: Myers (1997) y Rossi (1997), que serán retomados más adelante.

pensar inspirado en Fernand Braudel (Halperin Donghi, 1962a).⁴ En esas mismas agitadas aguas intertemporales se dirimirán los claroscuros de su lectura del peronismo. Ahora bien, en las alternativas planteadas por el juego de las duraciones, veremos que prevaleció la dimensión más prolongada que así subordinaba la “revolución” instituida por (y en) el peronismo a una secuencia mayor. Una conjetura ancilar a la primera hipótesis sostendrá que el peronismo constituyó una instancia interpretativa donde Halperin, en discusión con Gino Germani, ensayó resolver en un solo movimiento el debate entre historia y ciencias sociales gracias a un esfuerzo por solventar un concepto histórico de “modernización”, esfuerzo que repuso en otros términos los dilemas braudelianos.

La segunda hipótesis de mi trabajo constituye una derivación de los resultados de la primera, a saber, que el enfoque halperiniano, sin allanar las diferencias introducidas en sus múltiples intervenciones al respecto, se preservó en una exterioridad radical a una experiencia histórica que así devenía irreductiblemente ajena. Me refiero a la formación de la identificación peronista entre la clase trabajadora. En otras palabras, que el peronismo carecía de problemas interpretativos pues era reducido a la expresión de dos posibilidades: a) o bien una respuesta inadecuada a la crisis del “pacto neocolonial” (Halperin Donghi, 1967, 1969) que comenzó a mostrar sus irresolubles máculas hacia 1930; b) o bien las imposibilidades generadas por una “tradición política argentina” de la que Perón y el peronismo no fueron sino una versión particularmente problemática. En efecto, la consideración hostil hacia el peronismo en Halperin, jamás velada, involucró casi siempre una condena de la frivolidad e incompetencia de las élites peronistas.

Una tercera y última hipótesis procura arrojar luz sobre las dificultades emergentes de los elementos previamente desplegados, a saber, el carácter memorial en que se sostienen regiones decisivas de la escritura halperiniana sobre el peronismo. Sin apelar a una diferenciación formalista entre historiografía, ensayos y escrituras de la memoria, plantearé que el análisis halperiniano del peronismo generó un conjunto de ejercicios de memoria que fueron leídos (y en algunos casos por él propuestos) como prosa historiadora. Ese carácter no proviene solo de una elucidación analítica a posteriori sino del reconocimiento por el propio Halperin respecto de la naturaleza de algunos de sus escritos sobre la “Argentina peronista”. Espero que esta última parte del trabajo habilite un regreso a la reflexión sobre aspectos de la obra y legado de Halperin, no solo para la historiografía argentina sino para la historia cultural, en la que creo aquél alcanza su plena dignidad intelectual.

Una aclaración final: voy a abstenerme sistemáticamente de confrontar los pareceres de Halperin con la historiografía actual sobre el peronismo. ¿Por qué? Porque sería un ejercicio sencillo, y sobre todo estéril, mostrar las incertidumbres de las afirmaciones halperinianas sobre el peronismo en contraste con las investigaciones recientes. En cualquiera de los aspectos en que pueda ser analizado, el tópico habilitaría una devaluación de los trazos gruesos con que Halperin pensó el peronismo. Sin embargo, ese ejercicio destructivo se revelaría infértil para comprender a Halperin, y particularmente aquello que

⁴ Cercanías pero también desacuerdos entre la concepción historiográfica braudeliiana y la halperiniana han sido señaladas por Fernando Devoto y Nora Pagano (Devoto y Pagano, 2009: 370-373, 382-384)

respecto del peronismo su obra ha enunciado. Así como sería de escasa utilidad contrastar la Historia de Belgrano de Bartolomé Mitre con las investigaciones académicas contemporáneas, en Halperin su carácter de clásico historiográfico merece ser comprendido a partir de las dimensiones internas de su pensamiento. Como veremos, no para articular miradas apologéticas sobre su obra, sino para captar el desafío que la misma entraña respecto de la concepción documentalista de la historiografía.

Las duraciones de la historia y el peronismo

De manera preliminar, un rasgo que merece ser destacado es que, como en otros temas de su curiosidad historiadora, para Halperin también en el peronismo conviven temporalidades múltiples. La más amplia es socio-económica, la intermedia es política, y la más breve dirime las ideas y la experiencia. Propondré enseguida una síntesis narrativa de las dos primeras temporalidades. Indicaré luego por qué la tercera es la más problemática.

Según Halperin el peronismo fue, más que una alternativa radicalmente nueva, la respuesta (una entre otras posibles) a la prolongada consunción de una orientación exportadora que había funcionado muy bien durante el medio siglo que siguió al ascenso presidencial de Julio A. Roca, pero que desde 1930 se comprobó inadecuada para una sociedad “transformada”. De algún modo para Halperin también el peronismo fue la prolongada vigencia de un siglo XIX exhausto. El intrínquilis que ningún proyecto político tuvo la virtud de enfrentar adecuadamente –con las restricciones impuestas por situaciones ajenas a las voluntades particulares– fue la dependencia argentina de la agroexportación incluso si se proyectaba (como en Alejandro Bunge, Federico Pinedo o Juan Perón) un futuro pasablemente industrializado. Esa falta de previsión fue el reproche que Halperin lanzó a las élites argentinas cuyas perspectivas cortoplacistas condenaban al país a recaídas en agravadas crisis.

En la modesta “larga duración” de la historia argentina, que a lo sumo comenzó hacia 1778 con la apertura al comercio intracolonia y se extendió en 1809 al hemisférico, la economía política del peronismo propuso una lógica que con sus pro y sus contras quiso evolucionar como una “Nueva Argentina” a través del aumento del consumo interno, la industrialización del mercado local y la preservación de la capacidad productiva primarioexportadora. El violento fin de las administraciones peronistas en 1955 obedeció sin embargo a razones políticas. Esa clausura también remitía a una temporalidad mayor: por un lado, a un faccionalismo argentino afín a la deslegitimación del adversario político; y por otro lado, a la ruptura definitiva de un consenso en 1930, tras el cual se desplegó el escenario de una “guerra civil larvada”.

Una reconstrucción factual de la idea general del peronismo en Halperin Donghi lo explica como la consecuencia de las disyuntivas abiertas por la crisis económica y política de 1930 entre las élites políticas argentinas. La década que entonces comenzaba presencié, no solo en la Argentina, una modificación de los consensos de un genérico liberalismo y sobre las atribuciones del Estado. En efecto, en su modo de participar de la “tormenta del

mundo” (Halperin Donghi, 2004a; 2015), la Argentina enfrentó una crisis cuya faceta económica pareció sobreponerse más rápidamente que un antagonismo político devenido crónico. Con la Guerra Civil Española desde 1936 se produjo una fractura ideológica en la que se vaciaron los conflictos argentinos durante dos décadas.

Una nueva instancia de aquella “tormenta” impuso decisiones en un ámbito político en que la disyuntiva entre neutralismo y aliadofilia condujo en junio de 1943 a un nuevo coup d'état en el que sectores nacionalistas del ejército impugnaron la previsible reorientación del país en la conflagración mundial, destino identificado con la candidatura oficialista de Robustiano Patrón Costas. La caída del gobierno de Ramón Castillo tuvo entonces una coloración nacionalista en la que coexistieron, no sin problemas, simpatías con el Eje con un renacido catolicismo que proveyó numerosos cuadros para la nueva administración del Estado. El coronel Perón, también inspirado por el corporativismo fascista, fue sin embargo más sagaz en la comprensión de las exigencias de la política y si bien comenzó a desarrollar una acción social hacia la clase trabajadora, no impulsó inicialmente una estrategia de acumulación política identificada con aquella clase; por el contrario, su deriva hacia ese puerto fue el resultado de contingencias en las que jugó un rol primordial la intransigencia de una “Resistencia” de clase media que, en 1945, vio echada la suerte del gobierno militar (y de Perón como su baluarte) cuando la derrota del Eje era un hecho consumado.

El 17 de octubre de 1945 y el 24 de febrero de 1946 enseñaron que la intransigencia fue una política desencaminada. Entonces comenzó un decenio peronista en el que los recursos generados por la situación de guerra externa en un país neutralista proveedor de alimentos, soporte de las estrategias peronistas de redistribución y acumulación política, se encontraron muy pronto minados por la confluencia de una degradación de los términos de intercambio, el aumento del consumo interno, la consiguiente reducción de los saldos exportables, y por los requerimientos del desarrollo industrial para el que no se había previsto una infraestructura adecuada.

Mientras tanto la “revolución peronista” perceptible en la vida cotidiana, por la modificación de las relaciones entre las clases (puesto que no en la estructura de clases como tal, que el discurso redistributivo del peronismo jamás puso en cuestión) y por la relevancia alcanzada por el movimiento obrero en la política nacional incluso bajo la tutela del presidente, no hallaba una respuesta a la temprana crisis que la “Nueva Argentina” tuvo que enfrentar. La errática política de Perón y la ausencia de reconocimiento del adversario político condujeron a un clima de enfrentamiento que no estaba destinado a estallar en lucha abierta, pero que fue acelerado gracias al conflicto del peronismo con el catolicismo, al que pronto se añadió una escisión antiperonista –entrevista en septiembre de 1951– en las fuerzas armadas. El derrocamiento del gobierno de Perón en septiembre de 1955 implicó el derrumbe de una respuesta a la declinación de la Argentina agroexportadora, pero en modo alguno el fin de una forma de sociedad que ya había cambiado incluso antes del peronismo. Con todo, después de 1955 la exacerbación de las pujas intersectoriales, así como la colonización del Estado por intereses corporativos, otra vez en el contexto de una tormentosa situación mundial, suscitarían una “Argentina peronista”, es decir, un país donde sus dilemas crónicos dejaron de tener una forma de “larvada guerra civil” para estallar en la

dictadura militar de 1976 y en la hiperinflación de 1989. Hasta aquí una apretada síntesis de la idea halperiniana del peronismo, que es en verdad la idea de la Argentina del periodo 1930-1989. Una idea que, es importante subrayarlo, no estaba dada desde el principio.

El primer texto de Halperin sobre el peronismo se publicó en el célebre número 7/8 de la revista *Contorno* (1956), en el que jóvenes de una nueva generación intelectual no peronista reflexionaron sobre el decenio que acababa de ser tronchado y sobre sus actitudes respecto de la experiencia entonces concluida. El texto de Halperin era autocrítico pero en un plano muy singular, el que lo comprendía como partícipe de una “Resistencia” de 1944-1946 cuya obstinada creencia en la derrota gubernamental colaboró sin quererlo en el ascenso político de Perón (ese error de juicio regresaría en casi todos los textos halperinianos sobre el peronismo, según veremos más adelante). Así fue que en la campaña electoral del verano de 1945 Perón “se lanzó a una febril oratoria que sus incautos adversarios juzgaron delirante y era en cambio eficazísima” (Halperin Donghi, 1956: 45). De tal manera, incluso si en 1956 la perspectiva de poder en manos de la Intransigencia Radical comandada por Arturo Frondizi mancomunaba –aunque en su caso con mayor escepticismo– a Halperin con sus compañeros contornistas, la situación espiritual era bien distinta. Pues mientras los hermanos Viñas y Juan José Sebreli despedían sin lágrimas a las décadas que el peronismo clausuró, la centralidad de la entreguerras nunca iba a dejar de jugar un papel central en el pensamiento halperiniano sobre el peronismo. Con todo, ese rasgo que habrá de ocuparnos es quizás una ilusión retrospectiva. En “Del fascismo al peronismo” Halperin examinó el peronismo en el contexto de los debates ocurridos en lo que por entonces se nombraba como la “desperonización”, para lo cual no consideró necesario retrotraerse más lejos que a 1943 o 1945. Las convergencias con el análisis de Germani en el ensayo sobre “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, escrito en diciembre de 1955 y publicado en junio de 1956, son obvias (Germani, 1956). Como en Germani, la implantación social del electorado peronista entrañaba cuestionar la calificación del peronismo como fascismo; solo que en la formulación halperiniana el fascismo perduraba como inspiración que desorientó la certidumbre de Perón para pensar la Argentina en ruptura con las entelequias pro Eje que habían cobijado su desembarco en la vida política.

No es sencillo calibrar la diferencia con Germani respecto del modo en que se instituyó la relación entre Perón y la clase obrera. Porque es notorio que Halperin retomaba del sociólogo ítalo-argentino la caracterización de una clase obrera tradicional como sostén principal de Perón. Es aquí válido comentar la afirmación sobre lo que se conocerá como “las bases” del peronismo en la clase trabajadora originada en las migraciones internas incrementadas desde 1930. Al respecto Halperin sostuvo que el éxito de Perón debía ser explicado por las “características peculiares” de la clase obrera a la que el secretario de Trabajo y Previsión se dirigió, que no era la antigua y “mejor organizada”, sino otra más reciente, otras capas entonces de esa clase que “iban a dar al movimiento obrero de la era peronista su tono peculiar” (Halperin Donghi, 1956: 44). Se trataba de grupos favorecidos por el pasaje de “una durísima vida campesina al arrabal fabril, donde en medio de suciedad y promiscuidad que no eran para ellos nuevas conocían por lo menos, gracias a los altos salarios y la ocupación plena que trajo consigo la guerra, una despreocupación por el futuro,

una holgura, una vez satisfechas las necesidades esenciales que se mantenían en un plano muy rudimentario, que eran ellas sí del todo nuevas” (íbidem). Fue una “liberación del temor y la angustia” que el peronismo se propuso institucionalizar y consolidar mediante reformas. Palpitaba “detrás” del peronismo el “sentimiento de clase” de un grupo que ya no se sentía víctima de la sociedad sino, por el contrario, beneficiaria de aspiraciones que “en su infinita inocencia juzga la prosperidad y quiere permanecer ya para siempre en ella” (1956:45). Y si esa “conciencia de clase” no era para Halperin “socialmente revolucionaria” sino en ese sentido “sustancialmente conservadora”, podía ser revolucionaria en lo político: “Esa clase obrera llegada así a clase emancipada de la pasada servidumbre económica, quiere a la vez emanciparse del sistema de valores impuesto a la sociedad argentina por las clases antes dominantes. Esa emancipación es lo que significó en el campo político el peronismo” (1956: 44-45).

Se observa sin dificultades que el actor social principal fue la clase trabajadora reciente “que había alcanzado muy escasa madurez” (1956:47). Si esa clase “inocente” se atuvo a las directivas peronistas, las élites que siguieron a Perón, reclutadas principalmente entre sectores nacionalistas y católicos, fueron incapaces de gestionar una presencia estatal cada vez más ostensible. A esa inclinación contribuyó, como vimos, el rechazo por parte de la clase media ilustrada, actitud en parte inevitable al considerar ésta que el naciente peronismo prolongaba una “tentativa fascista” adaptada a un mundo postfascista. Así que mientras una calificación de “fascismo” era errónea, las huellas de una inspiración solo inicial no fueron apagadas del todo. Ese rasgo impidió al peronismo apelar a una alianza con “grupos ascendentes” con los que no tenía una incompatibilidad raigal, para recostarse “entre reaccionarios y gentes atraídas sin íntima convicción y por lo tanto interesadas tan sólo en su prosperidad personal” (1956:53). De allí que para Halperin Donghi el fracaso peronista fuera también el de la entera “clase política argentina” que se abrió camino después de 1930.

Cinco años más tarde, y ya evidenciado el desencanto con cualquier esperanza que así fuera endeble hubiera suscitado la candidatura presidencial de Frondizi, en un segmento de “Crónica de treinta años” (luego incorporada el breve volumen de 1964, Argentina en el callejón), Halperin perseveraba con lo afirmado respecto del peronismo en Contorno. Debe notarse sin embargo que para entonces el tema de la Argentina dual, soporte de la tesis de las dos clases obreras, comenzaba a apagarse. Pero ello no modificó la caracterización de la clase trabajadora, coro de una época a la que asistió como protagonista eventual (así ocurrió el 17 de octubre de 1945), como espectadora conmovida, incluso reivindicada, pero generalmente como objeto de la voluntad de Perón que si se demostró incapaz de lidiar con una veloz degradación de las promesas inaugurales de la “Nueva Argentina”, reveló una extraordinaria capacidad de despertar aquiescencias colectivas. Es que para Halperin la dirección del proceso histórico en el que participó el peronismo pudo “llevarse adelante casi sin obstáculos” en razón de que “desde su origen mismo el peronismo mostraba una dependencia del jefe y del Estado que no era sino la confirmación de que en él mantenían vigencia rasgos muy antiguos y duraderos de nuestra vida política” (Halperin Donghi, 1961a:159). Dos aspectos merecen ser subrayados en lo que acabo de citar. En primer término la subordinación del movimiento peronista y de la clase obrera a Perón y al Estado;

en segundo lugar, la inscripción del estilo político peronista en una “vida política” de otra duración que la del decenio inaugurado en 1945. Volveré sobre estos dos asuntos.

Los textos posteriores confirmaron la distancia de Halperin con la tesis germaniana de la Argentina dual que, en su encuentro urbano, habría forjado el soporte social del peronismo. La publicación en 1975 de un artículo donde revisaba explícitamente el planteo de Germani constituye el índice epocal de una divergencia que lo vinculaba con las interpretaciones “heterodoxas” (donde las “ortodoxas” remitían a la germaniana complementada por Torcuato Di Tella), pero a la vez revelaba que las preguntas sociológicas no estaban del todo desvanecidas. Halperin dedicó un tramo de su artículo a cuestionar la validez de los datos empleados por Germani para sostener una sociología electoral afín a su tesis sobre las dos clases obreras y a interrogar la premisa teórica fundamental del planteo germaniano sobre la perdurabilidad de las tradiciones rurales de la nueva migración. Halperin insistió respecto de los efectos transformadores de la propia experiencia migratoria, de la modificación de los individuos en las nuevas situaciones. Su ejemplo principal fue el del trabajador comunista de la carne José Peter. Los orígenes entrerrianos de éste no obstaron en la adhesión al comunismo y al “moderno” internacionalismo, algo solo explicable por una reconstitución del individuo al calor de una experiencia que el propio Peter, en sus *Crónicas proletarias*, retrató en la visión de multitudes de obreros y obreras ingresando a las fauces de un frigorífico. Y su caso no fue intransferible: “Peter no es el único migrante interno entre los trabajadores del frigorífico; junto con los inmigrantes de Europa centro-oriental abundan los ‘correntinos y entrerrianos, tucumanos y santiagueños’, también ellos transformados por esa experiencia radicalmente nueva que proporciona la fábrica” (Halperin Donghi, 1975:773).

Cabe destacar que el análisis de Halperin debatió con Germani en su propio terreno conceptual, al que desafió con un estilo disciplinar historicista. Tanto para la migración trasatlántica del periodo 1870-1930 como para la migración interna que la relevó, la pregunta decisiva era la misma: “¿Pero son los inmigrantes predominantemente un agente modernizador o más bien un grupo modernizado a través de su experiencia rioplatense?” (1975:769). Con su conocida agudeza para captar las incertidumbres ajenas, Halperin expuso que en el caso princeps de Germani, la inmigración trasatlántica, los datos no concordaban con la teoría: los trabajadores europeos no portaban semillas “modernas” y mucho menos “modernizantes” desde sus orígenes rurales, mayoritariamente analfabetos y en general empobrecidos; tampoco para la migración interna el supuesto “tradicionalismo” atribuido a regiones donde prevalecerían el arrendamiento y la aparcería era indisputable; finalmente, el “espontaneísmo” propio de la presunta ausencia de formación política en la “nueva” clase obrera peronista –continuaba Halperin– puede ser hallada en la clase media antiperonista (su ejemplo fue la Marcha de la Constitución y la Libertad de 1945 que antecedió en pocas semanas a la del 17 de octubre).

Halperin reconoció los aciertos parciales que componían el enfoque de Germani. Su crítica más importante sustentó que el sociólogo no había procedido a entrelazar los “factores” considerados en una visión que sin embargo consideraba “equilibrada”. Pero, agregó, “ese equilibrio se logra sin alcanzar una verdadera fusión de las imágenes rivales del

contexto socio-político en que se dio el proceso en examen. Sin duda esta fusión sólo podría lograrse en el marco de un análisis a la vez más complejo y más concreto que buscarse, más bien que individualizar factores aislados, reconstruir su intrincado entrelazamiento” (1975:779). Pues la mera yuxtaposición de lo que se dio entretejido no solo exigía a Germani clasificaciones estancas difíciles de sostener como las de una clase obrera extranjera ya modernizada, o una producción agraria uniformemente tradicional, sino que también le impedía observar las complejidades de sus propios espacios o agentes modernizadores (la ciudad-puerto o la clase media). Así, según Halperin, Germani no advirtió que en un interior vigorosamente caracterizado por la tradición mediterránea y católica también se hallaba la presencia “indeleble” de un “sistemático esfuerzo modernizador” (1975:779). Esa mezcla también se encontraba en el “estado oligárquicomodernizador” del Ochenta, el periodo de cambio mejor analizado por Germani. Lo mismo ocurrió en la “cultura popular” donde se divisaba una síntesis entre la figura del gaucho y la modernización (ibídem). Ese “eclecticismo” que atravesaba a la Argentina toda también se descubría en las empresas políticas. Por ejemplo en el radicalismo donde, según cómo y quién lo vea, se comunicaban rasgos modernos y arcaicos. Y, por último, algo similar podía detectarse en el movimiento sindical posterior a 1930, donde la búsqueda de una “autonomía” de las organizaciones obreras respecto de los partidos era desmentida por la relevancia alcanzada por el socialismo y el comunismo hasta 1943. En síntesis, el historiador oponía la hibridez y la mezcla a la definición sociológica de un “proceso modernizador” en base a tipos-ideales en rigor inverificables en semejante pureza.

Es decisivo notar en este momento que la noción de un proceso de modernización por definición mixto, compuesto o heterogéneo, sobrevivió como una perspectiva perdurable en el entendimiento histórico de Halperin. Y si las interrogaciones sobre la “modernidad” y la “modernización” se transmitieron como categorías interpretativas en el pensamiento histórico argentino posterior a 1983 en relación con el peronismo, cabe destacar que respecto del tema que aquí interesa, el énfasis halperiniano se concentró en otro andarivel: el modo en que las élites, y particularmente las dirigencias políticas, aspiraron a gobernar la sociedad con sus ideas y con las prácticas asociadas a tales ideas.

El tema de la modernización es importante para situar a Halperin como un pensador de su época, reconocimiento que suele ser opacado por una insistencia tal vez demasiado subyugada sobre su inimitable singularidad, por la complejidad indudable de su pensamiento y los matices exteriorizados en una prosa única. Porque nadie es creador de su lenguaje y del horizonte de las categorías del propio pensamiento. Y Halperin, como un integrante singular del progresismo argentino, hizo de los dilemas de la “modernización” una clave que le permitió entender las reformas borbónicas que otorgaron estatura histórica al Río de la Plata a fines del siglo XVIII, la expansión de la frontera ganadera, el “pacto neocolonial” de mediados del siglo XIX, las realizaciones de la Argentina roquista, las tribulaciones de la democracia radical y su frustrada “república verdadera”, y por cierto también el peronismo.⁵ Ante todas esas instancias de la modernización Halperin, ironista de

⁵ La rememoración por Halperin (2014a, 2014b) de las concepciones alternativas al esquema de Guerra Fría elaborado por W. W. Rostow sobre las etapas del desarrollo económico, fuera en la línea cepaliana, en las

la historia y de las quimeras humanas, develó sus menoscabos, cegueras y crisis en una temporalidad que si no llegó a los corsi e recorsi de un Vico que conocía bien, suponían un indudable escepticismo.

El peronismo y la Argentina peronista emergen como un nuevo episodio de las frustraciones de la modernización. Ante sus desafíos es que la crítica de las élites peronistas constituye un ejemplo más de una concepción historiográfica regida por un pesimismo antropológico. Un pesimismo que carece de una “astucia de la razón” a través de la cual de todos modos la necesidad humana engendra el progreso. En cambio, la “inocencia” asignada a una clase trabajadora que asumió la identidad peronista como un discurso de clase nunca configuró un momento capital de la imagen del peronismo en Halperin. No es que esa dimensión identitaria estuviese ausente. Lo decisivo fue el lugar que le reservó el retablo global propuesto por el autor de José Hernández y sus mundos. Hemos visto que para el historiador argentino el peronismo definió su singularidad histórica en el modo en que Perón, como líder de un movimiento que al menos hasta 1955 se habría atenido sin mayores matices a su voluntad, atinó a construir su poder en un contexto inestable. Halperin comprendió al peronismo en una estrecha relación con la palabra y actos de Juan Perón. No porque resolviera en su actuación el conjunto de un movimiento peronista siempre complejo, sino porque esa complejidad hallaba en una idea de la política su horizonte de posibilidades. Y sobre todo porque el peronismo participó de una cultura política nacida mucho antes de la Argentina populista que anheló ser su sepulturera.

El texto que estilizó esa pertenencia fue publicado en 1993 con el título de “El lugar del peronismo en la tradición política argentina”. Ese análisis fue anticipado en la reseña bibliográfica del ensayo de Silvia Sigal y Eliseo Verón sobre “los fundamentos discursivos del fenómeno peronista” (Halperin Donghi, 1987a), y puede ser hallado al menos en fragmentos de Argentina en el callejón. Es innecesario reconstruir extensamente aquí aquello que en la palabra de Perón después de 1946 pudo justificar una filiación con el discurso republicano y unanimista sobre la nación, e incluso el pueblo, rastreado en las invocaciones de la virtud colectiva en Echeverría, Mitre, Roca e Yrigoyen. La “unidad de creencia” verificaría una transmutación de la “nación” que conquistaría formulaciones diversas pero en rigor compatibles, al menos hasta Perón y Raúl Alfonsín. Un reclamo historicista que opusiera a los “espejos” halperinianos hechos irreductibles no impactaría demasiado en las tesis del historiador argentino, pues los espejamientos fueron compatibles con la afirmación de la “complejidad” que oponía a las tipologías sociológicas.⁶ Por otra parte, esas relaciones especulares no son exclusivas del peronismo; también estuvieron presentes en una temática como la violencia en la política, en *La larga agonía de la Argentina peronista* (Halperin Donghi, 1994:55-56, 67).

marxistas, en las dependentistas (al respecto, ver Halperin Donghi, 1982), expresa con claridad cuál era el horizonte de debates en las ciencias sociales y humanas durante los años decisivos de su formación, los propios de las décadas de 1950 y 1960.

⁶ La historia como “espejo” que habilita comparar situaciones aparentemente incontrastables presenta uno de los rasgos peculiares del pensamiento de Halperin. El método encontró una plasmación mayor respecto de la historia hispanoamericana en el volumen de 1987, *El espejo de la historia*, que en mi opinión podría transvalorarse en “La historia como espejo” (Halperin Donghi, 1987b).

El peronismo en Halperin adquiere así carta de ciudadanía en una historia argentina en la que habita en un doble registro: 1) como reacción electoralmente eficaz pero en el corto plazo imprevisora a los dilemas planteados en 1930; 2) como fórmula populista de la “unidad de creencia” que acompañó conflictivamente al proyecto de una Argentina republicana y liberal. Con tal mirada, el historiador analizó una realidad histórica que excedía largamente a las miras necesariamente más cotidianas de sus actores, y en particular de sus actores bajos, menores. ¿Qué hacer con ellos?

El enfoque historiográfico de Halperin no se ajusta cómodamente a una historiografía “desde abajo”. No lo hace respecto del nacimiento de la Argentina independiente, ni lo hace respecto del yrigoyenismo y del peronismo. Aquello que emergía en Revolución y guerra, su gran obra de 1972, retornaba en sus escritos sobre el peronismo: la sensibilidad historiográfica que evidenció sarmientinamente la emergencia de grupos plebeyos movilizados después de las invasiones inglesas y la militarización profundizada tras la Revolución de Mayo de 1810, los situó en un “coro” donde el escenario decisivo fue ocupado por la construcción de nuevas élites tras la ruptura con el imperio español (Fradkin, 2008: 18-19). Para problematizar esa concepción de lo histórico respecto del peronismo es innecesario recalcar en actitudes propensas a hallar en él la expresión inmediata de un pueblo ya dado. En cambio, surge como pregunta razonable sobre cuál fue el papel de la clase trabajadora, de las clases populares o de los votantes peronistas, en una circunstancia histórica en la que fueron agentes decisivos (fuera el 17 de octubre de 1945, en las manifestaciones peronistas, o en los actos electorales en los que el peronismo venció por la inapelable evidencia de las urnas).

El problema de la experiencia histórica

Lo que en continuidad con lo recién dicho ahora pienso argumentar conversa con una objeción planteada por Luis Alejandro Rossi sobre la interpretación halperiniana del peronismo, seguramente la más penetrante propuesta hasta la fecha (Rossi, 1997). Su lectura tuvo como nutriente principal el comentado artículo de Contorno (1956), Argentina en el callejón, y la charla ofrecida en 1993 en el Club de Cultura Socialista –publicada un año más tarde como La larga agonía de la Argentina peronista. Mi idea es que la impugnación de Rossi, aunque certera, permaneció inexplicada.

Entonces, ¿cuál fue el reparo señalado por Rossi? El analista de Halperin reconoció que para éste el peronismo implicaba una “revolución social” perceptible cotidianamente por la recomposición de los vínculos entre las jerarquías sociales: se la podía captar en la asistencia a los cines o en el ascenso a los tranvías. En efecto, la movilidad social impulsada por el peronismo supuso una presencia (y un consumo) de la clase trabajadora de bienes y servicios que hasta entonces habían sido considerados exclusivos de los sectores medios. Fue la experiencia a la que Halperin apeló para captar la omnipresencia de la novedad peronista: “Ese barniz de unanimidad impuesto a un país que cada dos años tenía ocasión de redescubrirse dividido le hizo más difícil de asimilar la revolución social que fue el

peronismo. Que el peronismo en efecto lo fue, sólo pudo parecer discutible a quienes creían blasfemo dudar de que revolución social –y aún revolución– hay una sola: bajo la égida del régimen peronista, todas las relaciones entre los grupos sociales se vieron súbitamente redefinidas, y para advertirlo bastaba caminar las calles o subirse a un tranvía” (Halperin Donghi, 1994: 26).

Rossi planteó agudamente que a pesar de un reconocimiento sobre la revolución “social” peronista, para Halperin aquella no lograba un estatus político, es decir, carecía de un rango institucional suficientemente innovador. El peronismo había modificado las relaciones entre las clases sin alterar las matrices sociales en que las clases eran asimétricamente constituidas. Es cierto que la “revolución social” alcanzó en los diversos análisis halperinianos una dimensión política al ubicar a la clase trabajadora en un lugar central que jamás había logrado, e implicó una presencia pública que venía a conmover las relaciones entre las clases. Sin embargo, la cesión de las decisiones políticas en el conductor (una función decisoria que Perón consideraba propia por el “óleo sagrado de Samuel” al que se hallaba destinado), lanzaba al peronismo a un cul-de-sac histórico del que iba a ser la primera víctima. Pues el argumento central de Halperin decía que el peronismo había transmitido a la Argentina (desde entonces ella toda “peronista” por cuanto estaba cribada por un intrínquilis) una agonía, un entre la vida y la muerte fundador de bases imposibles para una sociedad en decadencia que se resiste a perecer.

Cualesquiera fueran las virtudes de la mirada histórica halperiniana, para Rossi ellas no conseguían percibir del todo la ruptura que entrañó lo que sus partidarios peronistas vivenciaron como una revolución propia, ni tampoco podía ofrecer explicaciones más que coyunturales sobre la persistencia de la identidad peronista entre la clase trabajadora. En cambio, la inclusión de los tempranos dilemas peronistas entre uno de los modos en que las élites políticas imaginaron recomponer un orden socio-económico que hacia 1930 había comenzado a generar evidencias, si no de agotamiento total (es sabido que hacia 1933 las variables agro-exportadoras comenzaron a recomponerse), sí a perder la capacidad de traccionar al conjunto de lo social en un sentido dinámico, enfatizaba la continuidad antes que la ruptura. Lo mismo sucedía con lo que en las argumentaciones de Halperin venía a hacer las veces de un análisis del lenguaje político peronista: la lectura de las parrafadas de Perón sobre la “conducción política”. Sobre ellas Halperin trazó puentes seculares que lo acercaban a la “tradición política argentina” (Halperin Donghi, 1993). Esto ya lo sabemos. Lo que Halperin no logró proponer fue una comunicación entre la “tradición” y una experiencia popular que discernió el peronismo en términos de una “revolución” compatible con un capitalismo nacional, redistribuidor, industrializador y popular. Una actitud que, como sagazmente señaló Rossi, contrastaba llamativamente con la metodología empleada por Halperin para afirmar el carácter revolucionario de la Revolución de Mayo, en la medida en que fue así vivida por sus actores (Halperin Donghi, 1961b). Cabe acotar, sin embargo, que esa revolución fue comprendida por Halperin más en el plano de las élites que en el de las capas plebeyas partícipes de un coro expectante (pero no inerme, según destaca el propio Halperin) respecto de las decisiones de las élites rioplatenses en formación.

La concepción historiográfica de Tulio Halperin Donghi no parece apta para esclarecer por qué el electorado peronista, sostenido fundamentalmente en la clase obrera en sus diversas y múltiples facetas, se orientó en esa dirección más allá de 1949. La narrativa halperiniana de las mutaciones del gobierno peronista seguía el reguero de una explicación, como señaló Jorge Myers (1997), básicamente económica. La experiencia peronista en la clase obrera se diluía y anonadaba entre el índice inflacionario y unas endeble capacidades internas de ahorro e inversión.

Ahora bien, hemos visto que la experiencia histórica de la revolución social peronista había tenido lugar. Lo no está claro es quién, qué sujeto individual o colectivo, tuvo esa experiencia. O más precisamente, de que experiencias entre las múltiples posibles se nutre la escritura halperiniana sobre el peronismo. Sostengo que la vivencia crucial era la propia y la que Halperin consideraba inherente a su sector social, la clase media intelectual urbana y progresista. De este modo nos vemos reconducidos hacia el carácter memorialista que atravesó los escritos de Halperin sobre el peronismo, una sombra que acompañó persistentemente la calificación historiográfica, y por ende científica, de los mismos. Al respecto, no me interesa tanto poner en duda la equiparación decimonónica entre historiografía y ciencia objetiva como preguntar el fondo argumentativo de una concepción del peronismo que parecía confundirse tan inequívocamente con las memorias del propio historiador sobre una época que le tocó en (buena o mala) suerte vivir.

Son memorias

En el relato autobiográfico *Son memorias*, Halperin expresó con claridad meridiana la pregnancia del acontecimiento peronista en sus interrogaciones historiadoras primeras. La hegemonía populista acompañó el modelado de una vocación intelectual en la que aquellas maduraron. Esas memorias trazan el fresco de una fracción intelectual progresista opositora, individualizándose en un actor “marginal” (Halperin Donghi, 2008: 155). Las mismas confluyen en la pregunta sobre la pertenencia del peronismo a la “tradición política argentina” (y no, como creían buena parte de los antiperonistas con quienes el propio Halperin se identificaba, como algo ajeno a esa tradición). Tal pertenencia suscitó ulteriores interrogantes: ¿qué decía el peronismo de la realidad histórica nacional? ¿Cuánto adeudaba a las respuestas de una crisis que se había evidenciado en 1930 y no concluía por hallar una fórmula resolutiva? Para acceder a la formulación de tales preguntas debía abandonarse la idea de una arbitrariedad del peronismo, de cualquier apreciación teratológica que expulsara al movimiento liderado por Perón del acontecer histórico nacional. Mas las perspectivas legibles a partir de sus memorias posiblemente induzcan a una imagen demasiado retrospectiva. Qué duda cabe, Halperin no dispuso desde el principio de todos los rasgos de esa normalización del objeto peronista. Y sin embargo, la hibridación de memoria e historia al respecto no se plasmó textualmente recién en 2008.

Poco después de la publicación de *La larga agonía de la Argentina peronista*, el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, tal vez el organismo de investigación historiadora más prestigioso de la Argentina, convocó a cuatro

investigadores a presentar sus pareceres sobre el libro de Halperin para la sección “Debates” de su Boletín.

Ante el desajuste entre la “conversación” que quiso emprender con su intervención en el Club de Cultura Socialista y la recepción que se le había dado como obra científica, y por lo tanto susceptible de las críticas habituales a ese género de escritura, Halperin subrayó la impronta dialógica que su texto tuvo originalmente: “es de temer que al ofrecer a esos comentarios la hospitalidad de un periódico habitualmente más respetuoso de los límites convencionales de la historiografía”, advirtió, “su dirección confiera a esa conversación un honor peligroso a la vez que excesivo, que expone a la discusión a la que convoca al doble riesgo de concluir celebrando a ese texto por ser lo que no es, o reprochándole que no sea lo que nunca se propuso ser” (Halperin Donghi, 1995: 137).

El hecho de que *La larga agonía de la Argentina peronista* fuera considerado, en los hechos institucionales de consagración epistémica, como un libro de investigación histórica cuando para el propio autor era un ejercicio dialógico donde su memoria individual planteaba temas a una posible discusión entre intelectuales, habilita la pregunta sobre el estatus práctico de los textos halperinianos sobre el peronismo, y particularmente sobre el que más le ha interesado, el primer peronismo del periodo 1945-1955. No cabe duda que algunos de ellos fueron enunciados por el propio Halperin como análisis específicamente históricos (especialmente, Halperin Donghi, 1961a; 1972a: 51-87; 1975; 1981: 387-394; 1987; 1993), y no es mi intención situarme como un gendarme que decide cuál pasa la frontera del ensayo memorial o del texto político a la investigación historiadora. Pienso que todos los géneros o registros se comunicaron en esa planicie textual que Juan Carlos Korol denominó como “la serie de ensayos que se reconocen en una crispada inspiración en la Argentina peronista” (Korol, 1996:51).

Un pasaje de *Son memorias* provee una transición significativa hacia lo que una lectura sumisa luego iba a considerar como una reconstrucción meramente histórica. En ese pasaje Halperin nos cuenta la desazón de la permanencia del peronismo como elección de amplios sectores que perseveraban en su partidismo populista una vez que, agotada rápidamente la efectiva “fiesta” del periodo 1946-1949, la Argentina peronista comenzaba a ajustar sus ambiciones a las tribulaciones de una balanza de pagos en crisis. Esa contumacia peronista acompañaba

la fatiga producida por años de afrontar una situación difícilmente soportable que no cabía ya esperar que fuese a disiparse en un futuro cercano, y que no por añadidura se hacía sentir cada vez con más fuerza. Si esa fatiga, que había minado progresivamente lo que del espíritu combativo desplegado en 1945 había sobrevivido al sombrío anticlímax que significó la victoria electoral del peronismo, no inspiraba ningún esfuerzo de nuestra parte por darnos una razón de lo que luego iba a ser explorado por décadas bajo el rubro del ‘hecho peronista’, no dejaba por eso de responder a su modo a la contundencia creciente con que ese hecho marcaba nuestro entorno, reflejada del modo más convincente en la eficacia con que el régimen estaba introduciendo una nueva

disciplina para tiempos de escasez, y si podía acudir con éxito para ello a un estilo de gobierno cada vez más dispuesto a aguzar sus aristas represivas, era porque seguía contando con el firme apoyo de quienes se habían identificado con él durante la pasada prosperidad, y misteriosamente se lo seguían otorgando cuando parecían desvanecerse las razones para hacerlo (2008: 228).

En otras palabras, Halperin asignaba racionalidad a la adhesión política peronista cuando ella poseía razones económico-sociales, más allá de lo cual su perduración devenía un “misterio”. No sabemos bien si ese misterio estaba presente en la experiencia epocal (saberlo requeriría una investigación minuciosa), pero hay motivos para sostener que sí estaba en la memoria del sector de clase que el propio Halperin representaba en el “nosotros” de su prosa memorial. En este punto es decisivo subrayar que esa memoria de grupo social fue vertida en formas reconociblemente halperinianas que impedían al historiador sumarse a las imágenes de Borges y Cortázar en la reducción satírica del apoyo popular al peronismo (Halperin Donghi, 2008: 230).

La constatación de un sesgo social quiere ser aquí otra cosa que una condena de su valor en desmedro de un contenido de verdad autorizado por un proceder historiográfico – que nutrido por una indagación de archivo suspendiera en el crisol de la validez epistémica la discutible fidelidad del recuerdo. En cambio procura dar todo su relieve a un rasgo del pensamiento histórico de Halperin, en el que la tramitación del sujeto con el pasado colectivo admite la incorporación del modo en que un ciudadano transitó a través de su memoria una ciudad peronista en la que, qué duda cabe, jamás se sintió a gusto. Por otra parte, el punto de vista de fracción de clase no es atribución mía: fue subrayada a cada paso por el propio Halperin al retratar las relaciones familiares, educaciones, intelectuales, que encuadraron sus referencias culturales en la época. No es difícil reconstruir los espacios de sociabilidad de ese sector de clase: las reuniones estudiantiles en las facultades universitarias porteñas, la revista *Imago Mundi*, el Colegio Libre de Estudios Superiores, las tertulias familiares, las conversaciones eruditas con José Luis Romero y Roberto F. Giusti, etcétera.

Como he mostrado a lo largo de este artículo, la posibilidad de comprender unas razones que excedan la viabilidad de la economía peronista en el mediano plazo (en todo caso para sostener, sin salir de sus propios esquemas populistas, la llamada “independencia económica”) se ha revelado como sistemáticamente ausente de la concepción historiográfica halperiniana. Es que, en efecto, la historia de Halperin siempre ha carecido de una sensibilidad hacia las experiencias bajas o populares que no inexorablemente deben remitir solo a la reconstrucción de los sentidos de los actores o de sus lenguajes. Y sobre todo lo que parece faltar es una comprensión de la formación de las identidades políticas populares.

El punto de vista de buena parte de textos cruciales de Halperin sobre el peronismo es inseparable de sus recuerdos y tematiza los mismos como fuente del análisis (Halperin Donghi, 1955, 1956, 1961, 1964, 1994, 2008). De allí que la impresión memorial compartida por *La larga agonía de la Argentina peronista* y por *Son memorias*, constituya un andarivel crucial para entender el modo en que Halperin comprendió el peronismo, a saber,

como una realidad escindida. Y avanza sobre otros textos que conciernen parcialmente al primer peronismo, como su *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, en que la reconstrucción de la vida académica del decenio populista en la UBA descansa más en el recuerdo de quien vivió ese tiempo como el de un imperio de la “flor de ceibo” que de una investigación pormenorizada (Halperin Donghi, 1962b); y no se diferencia demasiado de la imagen de su vivencia de la universidad durante el peronismo que hallamos en *Son memorias*, en las que la UBA se inscribe como un capítulo de una “novela familiar”. Eso es también válido para sus escritos sobre la entreguerras, momento en que para Halperin se definió la trama histórica que el peronismo desarrolló en un sentido singular pero no creó. Como ha señalado Carlos Altamirano (2012), el volumen sobre la “república imposible” del lapso 1930-1945 estaba estrechamente marcado por las tramas memoriales del propio autor quien no por azar dedicó el libro a su hermana Leticia: “Para Leta, estos ‘recuerdos de infancia’” (Halperin Donghi, 2004b). De manera que tal vez debamos extraer conclusiones inesperadas del hecho de que uno de sus primeros libros de historia argentina leídos con pasión, según nos cuenta otra vez en *Son memorias*, fuera la *Historia de Vicente Fidel López*, justamente esa en la que la memoria personal y grupal constituye una fuente histórica de primer orden.

Conclusiones

He señalado en el inicio de este artículo que el recorrido de la obra halperiniana sobre el peronismo no entrañaba consecuencias solo para una especialidad académica (los estudios sobre la temática); por el contrario, enseñaba aspectos de su idea de la historia. Con eso no pretendía tanto hallar una clave que permitiera, desde el análisis de los textos relativos al peronismo, abrir las cerraduras de sus muchos otros estudios dedicados a temas en rigor bien distintos como los escritos de fray Servando Teresa de Mier, la crisis económica y financiera de los imperios ibéricos en el siglo XVIII o las transformaciones de las formas de explotación ganadera durante el siglo XIX rioplatense. Más bien quería entender las peculiaridades culturales del historiador argentino en torno del peronismo para iluminar su obra.

Pienso que un rasgo decisivo de sus reflexiones sobre el peronismo se reitera a lo largo de sus textos históricos, a saber, su preocupación por la acción de las élites, y particularmente de las élites políticas e intelectuales, en detrimento de las clases o grupos populares que –como es sabido– suelen carecer de masas documentales importantes a través de las cuales reconstruir sus vivencias. Pero sin duda el problema no es de accesibilidad de fuentes archivales; involucra una implícita concepción de la acción social. En ese sentido es útil trazar un paralelo entre los escritos sobre el peronismo con la que es seguramente su obra principal, *Revolución y guerra* (Halperin Donghi, 1972b). Pues bien, en ese texto la cuidadosa indagación en los modos en que una re-estructuración de la trama económica hacia el eje orientado por Buenos Aires como capital virreinal, la “militarización” inexorable de una ruptura revolucionaria seguida por la guerra externa e interna, así como la emergencia de nuevos actores en la ciudad y en la campaña, redundaron en una presencia de

los estratos plebeyos y populares que para Halperin perseveraron como un activo “coro” de las acciones de las élites en pugna. Y en este sentido la pregunta historiadora fundamental es si la incorporación de ese coro en un lugar más relevante en la interpretación del acontecimiento revolucionario transfiguraría el planteo halperiniano o se restringiría a complementarlo sin alterar los roles protagónicos de las minorías. Sospecho que la primera alternativa sería la más probable.

Algo similar, *mutatis mutandis*, ocurre con los escritos de Halperin sobre el peronismo. En una breve sección he señalado la concurrencia de escritos históricos y memorialistas en un historiador que no solo escribió sobre el peronismo, sino que fue un “observador participante” de su devenir. Más que apuntar solo a la mencionada confluencia me interesó resaltar la distancia cultural y política de Halperin respecto de una identificación peronista en la clase obrera que siempre permaneció para él misteriosa, sobre todo cuando se consumieron (tan rápidamente, sin que la dirigencia peronista atinara a disponer una política más previsora) las resacas de una “fiesta” generada por la guerra mundial. Otra vez los sectores bajos, en este caso la clase obrera, aparecieron como un coro ante un escenario en el que disputaban las élites peronistas y las antiperonistas. El peronismo posterior a 1955 habilitó la eventualidad de un peronismo distinto, pero hacia 1966 con el disciplinamiento de la alternativa laborista de Augusto Vandor la voluntad de Perón se había impuesto nuevamente ya en una época crítica que iba a devorarlo, a él y a la Argentina peronista. Concluía así un tiempo relativamente breve que tramaba un devenir melancólico y negativo en el que las ilusiones de las élites, incluso las populistas, se veían desmentidas por una historia que, como en *El XVIII Brumario* de Luis Bonaparte, las personas hicieron sin saber hacia dónde.

Creo que estos resultados habilitan reflexiones sobre la obra de Halperin como historiador. En efecto, presentan de conjunto una imagen diferente a las evaluaciones que insisten en la irreductible complejidad de su pensamiento, pues en verdad su idea de la historia parece reinscribirse en los entendimientos de su época. Reencontramos así por ejemplo el problema braudeliano de las temporalidades, que en la versión halperiniana tramitan secuencias fracturadas.

En primer lugar una temporalidad “larga” de la herencia socio-económica estructurada por el lugar en el mundo que le cupo a la Argentina postcolonial. La orientación agroexportadora no fue una decisión ni podía ser eludida, pero sin duda las carencias intelectuales de las élites hicieron poco por modificar la situación dependiente o incluso neocolonial que entró irremisiblemente en crisis desde 1930. Y si el éxito del “pacto neocolonial” había provisto los recursos para un consenso compartido incluso por los sectores que impugnaban el país liberal, desde 1930 emergió una nueva fase de la más “corta” temporalidad política que ya no se computaba en siglos sino en décadas.

El factor demográfico que pareció asumir una eficacia propia en la generación de una nueva clase obrera tuvo una presencia efímera en el pensamiento de Halperin sobre el peronismo (Halperin Donghi, 1956). Luego se reincorporó como una dimensión de la temporalidad más prolongada de lo socio-económico. En cambio, la historia política

comenzó a acelerarse con incidencias siempre reguladas por las crisis que la inserción argentina en el mercado mundial impuso a su estructura productiva.

La reconvención de Halperin hacia la clase política argentina, y en parte hacia las élites intelectuales, enfatizó en su incapacidad para comprender los condicionamientos de sus planes y la frivolidad con que asumieron sus previsiones estratégicas. Y en este último aspecto se entrelazó el tiempo más breve de las ideas. Tiempo breve sin embargo que poseía la capacidad de pensar qué hacer con unas circunstancias jamás elegidas por sus protagonistas. Fue el tiempo de la responsabilidad en el cual el juicio de Halperin, ya desde su primer libro consagrado a Esteban Echeverría (Halperin Donghi, 1951), habilitó la crítica irónica. Ese recorrido renunciaba de antemano a atribuir la relevancia asignada por otros puntos de vista a la acción de las clases sociales y en especial a las populares, como vimos siempre recluidas en el lugar de una efectividad ancilar. Coral, pero no en el uso antiguo griego del coro como murmullo ético de la comunidad sino en el moderno de considerarlo como una presencia colectiva requerida de representación. Este convencimiento arroja luz sobre las peculiaridades del modo en que –según nos retratan sus memorias– un joven intelectual porteño de clase media padeció la novedad peronista.

El siempre abigarrado pensamiento histórico Halperin se preservó externo al plano de los símbolos y los sentimientos con los cuales, sin duda solo en parte, hacemos mundo. Temo que por querer explicar las acciones humanas en razones de interés, la inteligibilidad de un sentimiento ideológico le fue ajena. Si eso habilitaba captar las debilidades del proyecto político y económico del peronismo, y al respecto Halperin fue implacable, le impidió comprender las razones específicas de una complejísima clase obrera que halló (y ella misma fue en parte su creadora) en el peronismo una identidad política. No veo por qué esa comprensión deba eliminar el lugar dominante de Perón o la expansión de la potencia estatal en tanto un nervio de la razón ideológica peronista. Comprender y explicar ese acontecimiento crucial para nuestra contemporaneidad política no requiere elegir entre la rumia vicaria de una sensibilidad telúrica y el racionalismo intransigente que ironiza sobre las flaquezas humanas. Requiere faenas en apariencia más modestas como reconstruir una historia más sofisticada del movimiento obrero, de las mutaciones en las políticas de sexo y género, de las interpelaciones discursivas peronistas, de la reconfiguración del lugar del Estado, de los procesos migratorios, entre otras. En lo que concierne al déficit halperiniano sobre la formación de las identidades populares, se necesita estudiarlas en su intrincada fusión de la razón y el símbolo. Es que quizás en política, como propusieron el Marx del “fetichismo de la mercancía” y el Freud de Moisés y la religión monoteísta, descubramos que también la verdad admite una estructura de ficción.

Bibliografía

Altamirano, Carlos (2012): “La novela de formación de un historiador”, en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, n° 42, pp. 9-29.

Devoto, Fernando y Nora Pagano (2009): *Historia de la historiografía argentina*, Sudamericana, Buenos Aires. Fradkin, Raúl O., ed. (2008), “¿Y el pueblo dónde está? La dificultosa tarea de construir una historia popular rioplatense”, en ídem, *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Prometeo Libros, Buenos Aires, pp. 9-25.

Germani, Gino (1956): “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, en *Cursos y Conferencias*, vol. 48, n° 273, 153-176.

Halperin Donghi, Tulio (1951): *El pensamiento de Echeverría*, Buenos Aires, Sudamericana.

-- (1955): “La historiografía argentina en la hora de la libertad”, en *Sur*, n° 237, pp. 3-8.

-- (1956): “Del fascismo al peronismo”, en *Contorno*, n° 7/8, pp. 15-21 (citado según Halperin Donghi, 2006).

-- (1961a): “Crónica del período: Treinta años: Tres revoluciones”, en VV.AA., *Argentina 1930-1960*, Sur, Buenos Aires, pp. 1-87 (citado según Halperin Donghi, 2006).

-- (1961b): *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Eudeba, Buenos Aires.

-- (1962a): “Historia y larga duración: examen de un problema”, en *Cuestiones de Filosofía*, año 1, n° 2-3, pp. 74-96.

-- (1962b): *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba.

-- (1967): *Storia dell'America Latina*, Einaudi, Florencia.

-- (1969): *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza.

-- (1972a): *La democracia de masas*, Buenos Aires, Paidós.

-- (1972b): *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires.

-- (1975): “Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos”, en *Desarrollo Económico*, n° 56, pp. 765-781.

-- (1982): “Dependency Theory and Latin American Historiography”, en *Latin American Research Review*, Vol. 17, n° 1, pp. 115-130.

-- (1987a): “Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista”, en *Vuelta*, vol. 2, n° 14, pp. 20-28.

-- (1987b): *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas hispanoamericanas*, Sudamericana, Buenos Aires.

-- (1993): "El lugar del peronismo en la tradición política argentina", en Samuel Amaral y Mariano Plotkin, comps., *Perón: del exilio al poder*, Cántaro, Buenos Aires, pp. 15-44.

-- (1994): *La larga agonía de la Argentina peronista*, Ariel, Buenos Aires.

-- (1995): "Respuesta a cuatro amigos", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, n° 12, pp. 137-143.

-- (2004a): *Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945, Siglo Veintiuno*, Buenos Aires.

-- (2004b): *La república imposible (1930-1945)*, Ariel, Buenos Aires.

-- (2006): *Argentina en el callejón [1964]*, Ariel, Buenos Aires (incorpora 1956 y 1961a).

-- (2008): *Son memorias*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires.

-- (2014a): *Testimonio de un observador participante. Medio siglo de estudios latinoamericanos en un mundo cambiante*, Prometeo Libros, Buenos Aires.

-- (2014b): "La historia como oficio. Un testimonio sobre la École des Hautes Études en Sciences Sociales", en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 18, pp. 11-27.

-- (2015): *Las tormentas del mundo en el Río de la Plata. Cómo pensaron su época los intelectuales del siglo XX*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires.

Hora, Roy, y Javier Trímboli, eds. (1997): *Discutir Halperin*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires.

Korol, Juan Carlos (1996): "Tulio Halperín Donghi y la historiografía argentina y latinoamericana", en *Anuario del IEHS*, n° 11, pp. 49-55.

Myers, Jorge (1997): "Tulio Halperin Donghi y la historia de la Argentina contemporánea", en Hora y Trímboli (1997), pp. 155-178.

Prismas. Revista de Historia Intelectual (2011): "Dossier: El siglo XIX de Tulio Halperin Donghi", n° 15, pp. 157-240.

Rossi, Luis A. (1997): "Las interpretaciones del peronismo en la obra de Tulio Halperin Donghi", en Hora y Trímboli (1997), pp. 179-209.